

## **J. Espeja Pardo. Meditación sobre la Iglesia. Lo que no se puede decir.**

San Pablo, Madrid, 2014, 308 p.

ISBN 978-84-285-4447-4

Este nuevo libro de Jesús Espeja nos invita a reflexionar sobre el misterio de la Iglesia. El autor hace una reflexión desde la fe, teniendo en cuenta los datos que nos brinda la tradición de la Iglesia, y conjugando el misterio de la Iglesia con las nuevas realidades que la interpelan.

Es así que el autor desarrolla la temática con una introducción y presenta tres capítulos, para finalizar con un epílogo, que es desarrollado por el también dominico Jesús Díaz Sariego.

En la introducción, el autor evoca el pasado, especialmente cuando se refiere al Concilio Vaticano II, que fue un gran acontecimiento para la Iglesia y, en esa medida, despertó grandes ideales, y, con el paso del tiempo, algunos de estos fueron quedando en el papel. Para ello, Jesús Espeja toma dos autores de vital importancia en el mundo teológico como son Edward Schillebeeckx y Christian Duquoc, quienes hicieron una especie de balance de la Iglesia. Sin embargo, el dominico español —después de haber visto el diagnóstico y comulgar con este— elabora una meditación sobre la Iglesia apelando a los grandes maestros (Yves Congar y Henri de Lubac), cuyas claves mostrarán el quehacer de la Iglesia en el mundo actual, aportes que desarrollará en sus tres capítulos.

El primer capítulo intitulado “Como la luna vestida de sol” es un título de raigambre bíblica referenciado de la tradición patristica, como el autor indica. Este capítulo asume como cometido mostrar el nacimiento de la Iglesia, que no se entiende sin la lógica de Jesús y, por ende, comprendiendo el misterio de la encarnación que está orientado al hombre. Esta salvación se lleva a cabo necesariamente en una comunidad eclesial que trata de reproducir el misterio de Cristo. Pero, para hablar de esta comunidad de creyentes, es decir, de la Iglesia, sabiendo que es una realidad profunda, se debe apelar a varias imágenes que profundizan todas las dimensiones de la Iglesia. Pero que no agotan el misterio y, por ello, como dice el mismo autor, la mejor forma de hablar de la Iglesia es asumir el lenguaje del símbolo que intenta plasmar su misterio. Por eso, el lenguaje semiótico de la Iglesia sigue siendo provocativo y, por lo mismo, invita a seguir reflexionando sobre el misterio eclesial.

Por otra parte, el misterio de la Iglesia conlleva en sus entrañas el misterio trinitario, pero este misterio solo se comprende desde una experiencia cristiana, cuyo referente es Jesús de Nazaret. En esa medida, los discípulos, al reproducir esta lógica de Jesús, están profundizando en el acontecimiento de la Santísima Trinidad. Por eso, la organización de la Iglesia está amparada en la imagen del misterio trinitario, que a su vez debe implicar un cambio social.

De hecho, el misterio de la Iglesia se expresa bajo tres símbolos: pueblo de Dios, cuerpo místico de Cristo y el Espíritu Santo como alma de la Iglesia. Expresiones que muestran la eclesiología del Concilio Ecuménico Vaticano II, evidencia de que la Iglesia es una realidad dinámica. Esta comunidad se hace visible a través de la Institución que incluye una serie de elementos inherentes: las prerrogativas y atributos de la Iglesia. Sin embargo, la Iglesia como institución visible y carismática necesita de una continua conversión y reforma, que reproduzca el espíritu de Jesús y de las primeras comunidades.

Luego, la Iglesia manifiesta una identidad propia, que se reproduce en esas notas y que manifiesta la lógica del Reino y, por tanto, la Iglesia como medio divino está ordenada a engendrar vida, y esta vida se engendra cuando los cristianos y la comunidad creyente reproducen la mentalidad de Jesús de Nazaret.

Si el primer capítulo nos habló de la esencia de la Iglesia, es decir, de sus fundamentos, el segundo capítulo nos muestra una Iglesia anclada en el mundo y para el mundo; de ahí que la Iglesia deba estar siempre abierta al diálogo, que será difícil en algunas circunstancias. Es desde esta perspectiva que la Iglesia debe ser misionera, promoviendo los valores humanos que no riñen con la lógica de Jesús, sino que al contrario están cimentados en la novedad y la radicalidad del Evangelio. No obstante, el autor es consciente de que en las circunstancias actuales hay un eclipse de Dios y una desfiguración del concepto de Dios. Por otro lado, el autor también observa que, paralelamente a lo anterior y en contraste, existe un fenómeno de pluralismo religioso que no se debe desatender y forma parte de los 'signos de los tiempos'.

Pero Jesús Espeja muestra que, a pesar de todo ello, la Iglesia tiene algo nuevo que aportar y ese plus renovador es Jesús mismo y su estilo de vida, que sigue siendo nuevo. Y es desde esa lógica de Jesús que se puede hablar con otros movimientos religiosos porque en la vida de Él se encuentran elementos que nos pueden unir con la justicia, el derecho y la fraternidad, etc.

En el último capítulo se encuentran los grandes retos que se presentan a la Iglesia para este tiempo. El primero de ellos es avivar la esperanza, para lo cual se debe ir a Jesús, escuchándolo y con la disponibilidad de compartir esto con

'otros'. Esto implica estar dispuesto a asumir una actitud de ir a las fronteras, es decir a otros lugares, desafío que exige una conversión permanente no solo de la mentalidad, sino incluso de los medios de hacer pastoral.

El otro reto es vivir el principio de comunión (*Koinonía*) de la Iglesia, una comunión que se expresa en la fraternidad y la compasión, y en la vivencia de los valores cristianos, en el fondo también valores humanos.

Pero para realizar todo esto, se necesita una experiencia de Dios y una opción por los más necesitados. En esa medida, nuestro referente será el Concilio Vaticano II, es decir reproducir el *espíritu conciliar* que fue abierto dialogante con el mundo y abierto a la imperiosa necesidad de presentar a Cristo, pero desde una realidad encarnada.

Finalmente, en la última parte se ofrece un epílogo en el que el autor desarrolla algunas intuiciones a manera de reflexión, que invitan a repensar algunos elementos sobre la Iglesia que siguen estando aún pendientes.

Se puede concluir que esta obra trasluce un estilo sencillo, pero a la vez profundo, en el que palpita la Iglesia como misterio, recordando los elementos esenciales de toda eclesiología contemporánea, pero resaltando una serie de compromisos ineludibles e inaplazables para la Iglesia hoy.

Iván Fernando Mejía Correa